

Ideas, letras, artes en la Crisis 1973-1987:

**Intelectuales, política y cultura antes y después de la última dictadura
militar argentina.¹**

Pablo Ponza

Universidad Nacional de Córdoba

IDACOR

Introducción

Crisis vio la luz en mayo de 1973, apenas iniciado el breve y confuso interregno democrático abierto entre dos de las más férreas dictaduras de la época, las auto-denominadas *Revolución Argentina* (1966-1973) y el *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1983). En un contexto de alta inestabilidad política y violencia, *Crisis* circuló con gran éxito por kioscos y librerías alcanzando una tirada promedio por número de 24.980 ejemplares. Es decir, comenzó su trayectoria signada por el entusiasmo de la *primavera camporista* luego del triunfo de la izquierda peronista en las elecciones del 11 de marzo de 1973; y terminó, tres años después, perseguida, diezmada en su *staff*, y deglutida por

¹ Una versión preliminar de este texto, donde se analiza únicamente la primera etapa de *Crisis*, fue publicado bajo el título: “Revista Crisis: primera época (1973-1976). Revisionismo histórico y cultural”. En *Improntas de la historia y la comunicación*, N° 3, e002, junio-noviembre 2016. ISSN 2469-0457 <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/improntas/index> Facultad de Periodismo y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Buenos Aires, Argentina.

las fauces de un *Terrorismo de Estado* decidido a desactivar la inédita politización que provocaba en los circuitos artísticos e intelectuales de entonces.

En su segunda época y con Alfonsín en la presidencia, la prematura muerte de Federico Vogelius, su Director Ejecutivo y principal impulsor, por un lado. Así como las agudas desavenencias que produjo en el núcleo editor la llamada ley de *Punto Final* tras los amotinamientos militares *Carapintadas*, por otro; terminaron con una de las más destacadas experiencias periodísticas latinoamericanas de entonces. Tanto en la primera como en la segunda época, *Crisis* apareció y desapareció bajo circunstancias semejantes. En ambas ocasiones se inició en el estadio primaveral de dos ciclos democráticos, el de Cámpora y el de Alfonsín respectivamente, y en ambas ocasiones su recorrido fue interrumpido por la intervención despótica de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político, social y cultural del país.

El proyecto editorial *Crisis* tuvo dos componentes, por un lado la revista, y por otro *Ediciones Crisis*. Ambas iniciativas fueron impulsadas y financiadas por Federico Vogelius (1920-1986), quien no sólo hizo posible la creación y sustentabilidad económico-administrativa del proyecto, sino también fue quien congregó a los especialistas que daran curso al proyecto. Vogelius, era ingeniero agrónomo y abogado, además de un acaudalado empresario. Si bien no tenía formación específica relacionada con el mundo de la cultura, siempre mostró un costado bohemio y gran interés por el arte. Vogelius consideraba que la cultura era un aporte cualitativo que daba gran valor a una sociedad. Fico, como le decían sus amigos, era un asiduo comprador de arte, fue mecenas de pintores, y no sólo frecuentaba ambientes literarios sino también organizaba tertulias donde reunía a escritores y artistas. Con el correr del tiempo compró las colecciones de Doero, Santamarina, Carbone y Marcó del Pont, ediciones originales de escritores latinoamericanos, documentos de la época colonial, libros de viajeros y la colección etnográfica más completa del país. Con ese impresionante compendio de productos artísticos instaló una pinacoteca en San Miguel, donde fundó un Instituto Historiográfico. Según relato de su ex esposa, Amalıa Ruccio (Russo, 2013: 2), Vogelius vendió un cuadro de Marc Chagall para financiar el arranque de *Crisis*.

De acuerdo con la biografía de Eduardo Galeano publicada en 2015 por Fabián Kovacic, *Ediciones Crisis* puso en marcha cinco colecciones: *Colección política*, dirigida por Rogelio García Lupo; *Los grandes reportajes de Crisis*, a cargo del periodista chileno Alfonso Alcalde; *Esta América*, bajo tutela de Mario Benedetti y dedicada a la narrativa, el ensayo y la poesía regional; una colección sin nombre de la que se encargó el destacado editor de EUDEBA y del Centro Editor de América Latina (CEAL), Horacio

Achával; y los *Cuadernos de Crisis* que, bajo dirección de Aníbal Ford, fue la más prolífica de estas iniciativas con veintinueve títulos sobre temáticas de historia latinoamericana. *Ediciones Crisis* funcionó entre octubre de 1973 y agosto de 1976, y se propuso tres objetivos específicos. En primer lugar, publicar textos de escritores latinoamericanos jóvenes o consagrados de cercanía ideológica, como fue, por ejemplo: *Vagamundo* de Eduardo Galeano, *Mascaró el cazador americano* de Haroldo Conti, *Sota de bastos Caballo de espadas* de Héctor Tizón, entre otros. En segundo lugar, promocionar la biografía de personajes latinoamericanos vinculados a gestas revolucionarias o independentistas como las de José Gervasio Artigas, Facundo Quiroga, Felipe Varela, Ernesto Che Guevara, Pablo Neruda, entre otros. Y en tercer lugar, retomar debates que no alcanzaban solución de continuidad en la revista.

Recordemos que la creación de sellos editoriales o la edición de libros asociados a revistas era algo frecuente en aquellos años, como fue el caso de los *Cuadernos de Marcha* o los de *Pasado y Presente*, sólo por mencionar dos de las colecciones más ambiciosas del diverso campo editorial de la época. Según Julia Constenla y Aníbal Ford, en testimonio recogido por María Sonderénger (2008), al proyecto de la editorial estuvieron vinculados en sus inicios Ernesto Sábato, Jorge Romero Brest, Roger Pla, Ricardo Molinari, Ernesto Epstein, Víctor Massuh, Abel Posse y la propia Julia Constenla. *Ediciones Crisis*, antes de verse forzada a cerrar por la prepotencia dictatorial, en sus 35 meses de existencia logró publicar 29 libros.

Miguel Russo, en dos artículos de 2013 y 2015, reprodujo valiosas entrevistas con algunos de los principales protagonistas de *Crisis* que ya han muerto. Se trata de una serie de relatos que nos permiten reconstruir los primeros pasos del proyecto. Allí, Amalia Ruccio, ex esposa de Vogelius recuerda que *Crisis* fue el resultado de una larga búsqueda de su marido, quien sentía un fuerte deseo de hacer algo por el país. Según Ruccio, la idea de llevar adelante un proyecto cultural de esta naturaleza era algo que Vogelius tenía en mente por lo menos desde 1968, una idea que comenzó a tomar forma tras un encuentro con Ernesto Sábato, quien le propuso editar una revista (Russo, 2015). Según Ruccio, Vogelius: “no creía en nada obtenido por las armas; sí por la cultura, aunque llevara cien años conseguirlo” (Russo, 2013: 2). De allí que *Crisis* naciera como una publicación político-cultural independiente con una relación equidistante de organizaciones político-militares.

Julia Constenla, quien se unió al grupo en 1972 y se desempeñó luego como primera Secretaria de Redacción de la revista, recuerda que: “Fico y Sábato armaron un comité de notables que discutía cómo debía ser la revista: Jorge Romero Brest, Ernesto

Epstein, Francisco Romero, Víctor Massuh y José Luis Romero” (Russo, 2015: 1). Según Constenla durante las reuniones del comité se barajaron varios nombres de periodistas y escritores para dirigir el proyecto, el de Juan Gelman, que entonces era director del suplemento cultural del diario *La Opinión*, el de Tomás Eloy Martínez, que había trabajado en *Primera Plana*, y el de Eduardo Galeano, que acababa de publicar *Las venas abiertas de América Latina*. Según Kovacic (2015), Constenla y Galeano eran amigos, pues habían compartido la experiencia de la revista *Che* (1961), donde habían desarrollado una gran afinidad ideológica. Constenla conocía las aptitudes de Galeano como jefe de redacción en *Marcha* y el diario *Época*, así como sus labores y contactos en el campo del periodismo, la literatura y la militancia. Poco después, Vogelius se reunió con Galeano en Montevideo, le propuso la idea y él aceptó. Pero la dictadura uruguaya complicó sus planes:

Un par de días después me subieron a un auto. Me trasladaron, me encerraron en una celda. Rayé mi nombre en la pared. Por las noches escuchaba gritos. Empecé a sentir la necesidad de conversar con alguien. Me hice amigo de un ratoncito. Yo no sabía si podía estar encerrado días o años, y al poco tiempo se pierde la cuenta. Fueron días. Siempre tuve suerte. Caminé hasta mi casa. Era una noche cálida y serena. En Montevideo empezaba el otoño. Me enteré de que hacía una semana que había muerto Picasso. Pasó un tiempito y empezó el exilio. (Eduardo Galeano, en Russo, 2015: 2)

Una vez en libertad Galeano se exilió en Argentina y las cosas parecieron simplificarse. Sin embargo, concretar al proyecto no fue sencillo pues la relación entre Sábato y Galeano fue dificultosa por sus diferencias de enfoque. Como recuerda Amalia Ruccio: “el proyecto de Sábato desapareció con la entrada de Galeano como director, a quien Fico le dio libertad total” (Russo, 2015: 2).

Según Roberto Baschetti (2000), Galeano definió *Crisis* como el sueño de un grupo de gente que buscaba expresar la voz de muchos. Para Galeano “*Crisis* fue un largo acto de fe en la palabra humana solidaria y creadora, y por creer en la palabra *Crisis* eligió el silencio cuando la dictadura militar le impidió decir lo que tenía para decir” (Baschetti, 2000: 2). Por su parte, Julia Constenla señala que, luego de tantos obstáculos y vaivenes en su creación, afortunadamente el éxito de la revista fue inmediato. Tal es así que el primer número alcanzó una tirada de 10.000 ejemplares que se agotaron tan rápido que debieron hacer una reedición antes de sacar el segundo. “Vogelius no tenía interés en hacer un negocio con la revista. Pero tuvo *mala suerte*: todo lo relacionado con *Crisis* se vendió muy bien desde el principio” (Russo: 2013: 3). Lita Ruccio, esposa de Vogelius recuerda: “Fico me repetía cada noche: ‘Encima voy a ganar plata con esta

revista, la única vez que estuve dispuesto a perder guita y mirá, mirá Lita, es una maravilla” (Russo: 2013: 3).

En efecto, la revista fue exitosamente recibida por el público entre el 3 de mayo de 1973 y el 17 de agosto de 1976. En su primera época alcanzó un total de 40 números a un promedio aproximado de 80 páginas por ejemplar. Tenía su redacción en Pueyrredón 860, Ciudad de Buenos Aires. En sus inicios fue impresa por Prensa Médica Argentina SRL; distribuida en Capital Federal por Troisi y Vaccaro, y en el interior del país por Condor SRL. En 1973 la revista podía adquirirse en puntos de venta o por suscripción a un valor de 60 pesos por año para residentes, y a 10 dólares por año para envíos a todo el Cono Sur.

Crisis fue una revista excepcional por dos razones. En primer término, por su tratamiento editorial, y en segundo lugar, por la calidad de sus colaboradores. En los 40 números de su primera época contó con 76 serigrafías creadas especialmente por 20 artistas plásticos rioplatenses como Santiago Cogorno, Daniel Zelaya, Renata Schussheim, Ana Tarsia, Ricardo Mampaey, Pablo Obelar, Raquel Palumbo, entre otros; y 50 ediciones facsimilares de fotos, periódicos, caricaturas, mapas y documentos originales ligados a la historia colonial latinoamericana, que provenían de la colección personal de Vogelius. El *staff* de *Crisis* estaba compuesto, además de Eduardo Galeano como su Director Editorial, por Julia Constenla como Secretaria de Redacción y Eduardo Ruccio—más conocido como Sarlanga—como Diagramador.² *Crisis* contó con colaboradores de la talla de César Vallejo, Alejo Carpentier, Efraín Huerta, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Augusto Roa Bastos, Juan Gelman, David Viñas, Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Franciso Urondo, Osvaldo Bayer, Noé Jitrik, Jorge Rivera, Vicente Zito Lema, Heriberto Muraro, Aníbal Ford, Rogelio García Lupo, Santiago Kovadloff, María Esther Gilio, Liliana Heker, Norberto Galasso, Jorge Lafforgue, Jorge B. Rivera, Roberto Fontanarrosa, Miguel Bonasso, Raymundo Gleyzer, José Lezama Lima, entre otros.

² Cabe puntualizar que Galeano fue Director Editorial hasta el número 36, lugar que a partir de allí pasó ocupar Vicente Zito Lema. Asimismo, Julia Constenla fue Secretaria de Redacción hasta el número 11 y Juan Gelman aparece como corresponsal en Italia desde el número 26.

Argentina, latinoamericana y anti-imperialista

Crisis sin dudas fue una revista excepcional, aunque no fue del todo novedosa ya que recibió dos poderosas improntas. Por un lado, la influencia de la obra literaria de Galeano, quien reprodujo en *Crisis* las claves del éxito obtenido en *Las venas abiertas de América Latina* (1971), cuyo meollo consistió en denunciar la cruel realidad latinoamericana mediante una revisión crítica de su proceso histórico, destacando la dominación y la violencia que devino del choque cultural entre el universo occidental eurocéntrico y el prehispánico. A través de la narración, el ensayo, la crónica, el uso de documentos y estadísticas, buscó reseñar las matrices políticas y culturales impuestas por las metrópolis europeas en el nacimiento de los estados nacionales latinoamericanos. A partir de allí estableció una relación de continuidad entre el proceso histórico y los fracasos de los proyectos independentistas puestos en marcha en el continente. Esta lectura sugería que procesos revolucionarios como el cubano eran una suerte de emergencia restituida de aquellos que habían sido truncados por las oligarquías locales con ayuda del imperialismo.

En segundo lugar, *Crisis* recibió la poderosa influencia de *Marcha* y *Casa de las Américas*, donde Galeano se desempeñó como colaborador y a través de las cuales logró establecer una importante red de vínculos con escritores contemporáneos. El semanario uruguayo *Marcha* (1939-1974), tal como señala Claudia Gilman (2003), ya en su primer número de 1939 había proclamado su vocación latinoamericanista, antiimperialista y tercerista a través de las intervenciones de su director Carlos Quijano y, más tarde, Ángel Rama. *Marcha* fue pionera en la articulación de una identidad latinoamericana, esa suerte de quimera inasible sobre la cual invariablemente giró *Crisis* en sus dos épocas.

Pero quizás la más importante de las herencias recibidas fue la experiencia de *Casa de las Américas*, sin duda una publicación referencial para todo el arco literario-intelectual latinoamericano de la época. Tras su aparición en 1960 su éxito fue inmediato y pronto se convirtió en una experiencia que muchos círculos intelectuales quisieron compartir e imitar en todo el continente. Fundada por Haydee Santamaría se definió como una publicación de letras e ideas dedicada a abordar temáticas de interés para América Latina y el Caribe; de hecho el nombre completo de *Crisis* es casi imitativo: *Ideas, letras, artes en la Crisis*, aunque coloquialmente se la denominara *Crisis*. *Casa de las Américas* se propuso llevar a cabo la promoción de jóvenes iniciados en la creación, la investigación literaria y el pensamiento emancipador, es decir, lo mismo que hizo *Crisis* una década después. Asimismo, entre los asiduos colaboradores de *Casa de las Américas*

estaban Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Juan Gelman, Francisco Urondo, Octavio Paz, Pablo Neruda, José María Arguedas, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ángel Rama, Eros Ferrán Bortolato, Bryce Echenique, José Donoso, Alberto Duque, Juan Carlos Onetti, es decir, muchos de los que una década más tarde colaborarían con *Crisis*. La semejanza de los tópicos tratados por *Casa de las Américas* y *Crisis* es notoria, en especial el interés por resaltar las similitudes en las experiencias estéticas y políticas, así como las dolencias, miserias y luchas sociales comunes a los distintos países latinoamericanos.

Para terminar de delinear el perfil latinoamericanista de ambas publicaciones, cabe destacar que los colaboradores de *Casa de las Américas* no sólo pasaron por *Crisis* sino también por varias revistas de circulación continental. Este fue el caso, por ejemplo, de *Siempre*, *Revista de la Universidad*, *Revista Mexicana de Literatura* (México), *La Bufanda del Sol* (Ecuador), *Amaru* (Perú), *Marcha* (Uruguay), *El Escarabajo de Oro*, luego *El Grillo de Papel* y *La Rosa Blindada*, *Nuevos Aires* o *Tiempos Modernos* (Argentina), entre otras de las que reforzaron sus suplementos a partir de relaciones de proximidad ideológica, estableciendo un vínculo que se expresó en la red de préstamos y colaboraciones que consolidó las revistas no sólo como centros de intercambio y legitimación cultural y política, sino también la idea de un *nosotros* latinoamericano.

Peronista de izquierda y revolucionaria

Pero a escala local ¿cuál era la línea editorial de *Crisis*, qué características específicas tenía en términos de contenido? Según María Sonderéguer (2008) la idea de revolución y el ejercicio de revisión histórica fueron las dos grandes cuestiones que marcaron la impronta estético-ideológica de la revista, una afirmación que ha sido refrendada por José Luis De Diego (2001), quien señala que ese orden se invirtió a partir del número 5, cuando la idea de revisión se reveló imprescindible para dotar de contenidos el proyecto revolucionario. Ahora bien, más allá de las inferencias de Sonderéguer y De Diego, cabe destacar que la revista nunca presentó manifiestos inaugurales sino que, con el correr de los números, fue consolidando una perspectiva identificada con el peronismo de izquierda a escala local.

Esto puede advertirse, por caso, en el N° 12 bajo el título de “Al lector” donde se refiere a la ausencia de “manifiestos y declaraciones de principios” pero ofrece una suerte de autodefinition al postular que la revista es “un vehículo de difusión y conquista de una identidad cultural nacional y latinoamericana que quiere ser útil en el

marco mayor de las luchas de liberación” (*Crisis*, N° 12: 2). O como ocurrió luego en el N° 18 donde indica que “el objetivo de *Crisis* no es el de reproducir los esquemas de las revistas literarias tradicionales (...) sino analizar los problemas de infraestructura cultural, recoger los testimonios más escondidos y marginados de la cultura popular” (*Crisis*, N° 18: 4).

A diferencia de otras publicaciones ícono de la época como fueron *Los libros* o la mítica *Pasado y Presente*, caracterizadas por la sofisticación teórica y el lenguaje erudito, *Crisis* buscó armonizar las diversas identidades de izquierda a través de un tono cercano, no mundano pero si más coloquial y asequible al lector no especializado. En este sentido, reprodujo hacia afuera la misma lógica de tolerancia establecida hacia el interior del colectivo editor. Según testimonio de Zito Lema, en la redacción de *Crisis*:

Había, claro, diferencias. Aníbal Ford seguía la línea del nacionalismo revolucionario; Juan Gelman estaba más ligado a las FAR y Montoneros; Galeano tenía un compromiso latinoamericanista; Haroldo Conti traía una lectura marxista de la realidad; y yo provenía del peronismo de base (...) parecía que nos íbamos a matar, pero había cosas profundas que nos unían, el espíritu de la época. (Russo, 2013: 4)

Recordemos que el año de fundación de *Crisis* fue el de máxima radicalidad del período. En 1973 con el regreso de Perón al país tras 18 años de exilio, el peronismo se convirtió en un coloso bifronte que consagró dos discursos opuestos complementarios que se habían acumulado desde 1955 en adelante. Si bien ambas expresiones se auto-definían peronistas en contra del autoritarismo, representaban al menos dos proyectos políticos con intereses y bases de sustentación política bien diferenciados.

Como *Crisis* hubo otras revistas que compartieron ese complejo espacio peronista de izquierda, anti-imperialista y revolucionario. De hecho, existió un diálogo tácito en la red de publicaciones que compartían el espectro militante que celebró el fin de la llamada *Revolución Argentina* y, fundamentalmente, el regreso de Perón a la Argentina en junio de 1973. Advertimos, por ejemplo, el caso de revistas como *Militancia Peronista para la Liberación*, dirigida por Rodolfo Ortega Peña y Luis Eduardo Duhalde, que salió a la calle el 14 de junio de 1973, es decir, pocas semanas después que *Crisis*. *Militancia* logró editar 38 números antes de ser clausurada en junio de 1974. Luego pasó a llamarse *De Frente*, nombre con el cual no pudo evitar una nueva clausura. Otra publicación fue *Con Todo* (2° época) dirigida por el sindicalista Osvaldo Villaflor, que se editó desde marzo de 1974 con aparición quincenal como publicación oficial del Peronismo de Base. Si bien *Militancia* y *Con Todo* eran proyectos dirigidos al mismo

espectro peronista de izquierda, *Crisis* tuvo una llegada más amplia gracias a su exitosa presencia en el circuito comercial. Los contenidos de *Militancia* y *Con Todo* estaban exclusivamente enfocados en análisis de coyuntura política. Su tratamiento estético era austero, lineal, esquemático. *Crisis*, por el contrario, se propuso un acceso más sensorial a los contenidos políticos y explotó atribuciones de tipo estético muy avanzados para la época.

A diferencia de otras publicaciones con una organización interna más clásica, *Crisis* se estructuró a partir de un artículo de investigación principal cuyo tema de actualidad se complementó con una entrevista a algún escritor sobresaliente. Durante la entrevista se exponían sus opiniones artísticas y políticas en un mismo plano de importancia. Luego, en torno a esos elementos se disponían el resto de los contenidos, generalmente reservado a poesías, cuentos, ensayos o documentos, donde se enfatizaron géneros considerados menores o menospreciados por la literatura tradicional, tales como el folletín, el circo, el teatro criollo, el grafiti, la murga, la narración oral, el radioteatro, la canción popular, los mitos y creencias de los pueblos originarios o la literatura testimonial. Si bien la revista se organizó a base de secciones, las únicas fijas fueron *Itinerario*, *Carnet* y *Datos para una ficha*, pues todas se vieron alteradas por episodios políticos que marcaban la agenda temática del mes.

De ello da cuenta, por ejemplo, el número 3 de agosto de 1973, en el que el consejo editor decidió comenzar el número con una sección llamada “hecho en prisión”, donde Vicente Zito Lema y María Bedoya seleccionaron una serie de poemas, dibujos, cartas y crónicas escritas por presos políticos de la dictadura de Onganía. Recordemos que la revista salió a la calle casi al mismo tiempo que la asunción de Héctor Cámpora a la presidencia, el 25 de mayo de 1973, es decir, el mismo día en que las principales organizaciones guerrilleras del país: Montoneros, FAL, FAR y ERP, lograron la liberación de los presos políticos que se encontraban retenidos en la cárcel de Devoto, entre otras prisiones del país. En una especie de acto honorífico, la tapa de ese número consignó que todos los escritos fueron deslizados de contrabando por debajo de las puertas de las cárceles para brindar el testimonio de “una época que ha quedado atrás para la Argentina pero que sigue siendo, en varios países latinoamericanos, la noche de cada día” (*Crisis*: 1973, 3). Asimismo, el texto señala que estas voces “iluminan la realidad con eficacia y a veces con fuerza desgarradora. Porque nos ayudan a comprender un poco mejor qué somos, qué podemos ser, para qué peleamos” (*Crisis*: 1973, 3).

“Hecho en prisión”, a través de las cartas y crónicas de los presos, recorre imaginariamente los oscuros pasadizos de la represión, la indescriptible deshumanización de la tortura, del encierro, de la pérdida de compañeros, de amigos, de familiares; así como la cotidiana sencillez de pequeñas cosas que mantienen esperanzada a una persona que sufre el encierro. Es significativo resaltar la importancia que el comité editor dio al tema y cómo un cuento de César Vallejo (10), un relato de Alejo Carpentier (11), los poemas de Efraín Huerta (15-17) y tres textos de Rodolfo Walsh, entre otros, quedaron relegados a secciones secundarias.

La industria editorial y los nuevos consumos culturales

Crisis apareció en un período histórico caracterizado por la modernización y ampliación de consumos y prácticas culturales. Es decir, su aparición coincide con un fenómeno de publicaciones que buscaban tener impacto en las preocupaciones políticas del público. Recordemos que entre 1962 y los primeros años de la década 1970 la industria editorial argentina vivió una verdadera explosión. Dicha primavera editorial de estética desenfadada, imaginativa y visceral, atrajo la atención de lectores de todo el planeta y generó cifras de venta inimaginables hasta entonces. Como han señalado Hernán Invernizzi y Judith Gociol (2003), en coincidencia con la asfixiante violencia política, 1974 marcó el pico máximo de dicha industria con casi 50 millones de ejemplares impresos y un tiraje promedio de más de 10.000 ejemplares. Todo fue para peor a partir de entonces: 41 millones en 1975, 31 millones en 1976, 17 millones en 1979.

Pero para tener una noción precisa de la dimensión que tenían *Crisis* y otras revistas en el mercado editorial de la época, podemos mencionar algunas cifras del Instituto Verificador de Circulaciones. En diciembre de 1972 la prestigiosa *Primera Plana* alcanzó una tirada de 21.266 ejemplares por número. *Panorama* en marzo de 1973 llegó a los 20.324. Y ese mismo año *Crisis* alcanzó una tirada promedio por número de 24.980 ejemplares, demostrando ser uno de los productos preferidos del público. Según cifras publicadas por la misma revista (*Crisis*, N°18: 1), los promedios mensuales de circulación neta pagada describen un ascenso sostenido. En enero de 1974 *Crisis* vendió 17.422 ejemplares, en febrero 16.926, en marzo 17.468, en abril 19.223, en mayo 22.093, en junio 22.919, en julio 24.637, y en agosto de 1974: 28.000. Cifras impresionantes que afirman el éxito de una experiencia periodística que logró sintonizar las intervenciones políticas del campo literario-cultural con un mercado editorial en auge que, sin saberlo, estaba situado ya en la meseta previa al declive de su edad de oro. En este sentido,

Matilde Sánchez (2005) ha señalado que—respecto de causas emblemáticas como la cubana y la peronista—la actuación de los escritores del llamado *boom* que colaboraban con *Crisis* pueden ser consideradas el punto máximo de combinación y acuerdo entre los lectores, la crítica y el mercado.

El contexto de aparición de *Crisis* fue signado por una inédita exuberancia de la cultura libresca, donde las revistas funcionaron como un canal privilegiado y próspero para el debate e intercambio de ideas, donde sobresale no sólo un novedoso estilo de intervención pública, sino también la transformación del perfil elitista y aristocrático de los intelectuales. Claudia Gilman (2003) ha analizado el espacio que ocuparon estas publicaciones en el campo político-cultural argentino observando, en primer lugar, que en estas revistas confluyó la recuperación del horizonte del modernismo estético. Segundo, se convirtieron en un espacio de consagración alternativo a las instituciones tradicionales. Y, tercero, constituyeron un lugar de enunciación para el intelectual comprometido políticamente.

Desde una matriz literaria completamente desbordada hacia el campo de lo político, *Crisis* puso de manifiesto dos componentes medulares de la eclosión política que vivía el país en esos años. Por un lado, el protagonismo y la convergencia en la que se encontraban trabajadores, estudiantes universitarios y organizaciones político-militares durante el ciclo de movilizaciones que comenzaron con el Cordobazo en 1969. Y por otro, la suma de fracasos y contradicciones de un régimen castrense ilegítimo, altamente represivo que no sólo se había consolidado como un enemigo identificado, sino que representaba el agotamiento de un paradigma.

No es casual que el nombre *Crisis* remita al supuesto agotamiento del paradigma económico, político y cultural capitalista burgués al que muchos intelectuales de izquierda adscribieron en las décadas de 1960-1970. De allí que la revista se identificara con el uso de categorías y señales que no pretendían cautivar la atención de la élite sectaria y acomodada, sino a un público identificado con ideas como *Liberación* y *Revolución*. Quizás por ello la máxima aceptación de *Crisis* se registró en un espectro compuesto, fundamentalmente, por peronistas de izquierda de diversa extracción, por nacionalistas, marxistas heterodoxos y una importante porción de católicos renovadores atraídos por las lecturas en clave *liberacionista* de las reformas teológicas, litúrgicas y pastorales propuestas por el Concilio Vaticano II. Dicho público, si bien consignaba una gran heterogeneidad en su composición interna, compartía cuatro características comunes: un mismo horizonte de futuro, un mismo estilo de

participación política, un lenguaje, y una gran confianza en su capacidad de movilización colectiva.

El revisionismo historiográfico

Un acceso distintivo de *Crisis* es su recurrente interrogación sobre el pasado. En cada número la revista ensayó una suerte de revisión historiográfica no sistemática ni cronológica de hechos del pasado. Y si bien dicha revisión no fue innovadora como estrategia de intervención pública—puesto que revistas locales como *Cuadernos de Cultura*, *El Escarabajo de Oro*, *Cristianismo y Revolución*, entre otras, ya lo habían practicado—, el perfil literario de la revista y el modo en que introdujo la dimensión histórico-cultural en clave nacional para pensar los fenómenos estéticos funcionó como novedad.

Tal como reseña José Luis De Diego (2001) la línea revisionista de la historia que reproduce *Crisis* sostiene que la interpretación hegemónica de nuestra historia habría sido resultado de una operación fraguada por la historiografía liberal. Dicha tradición habría sido inaugurada por figuras como Sarmiento y Mitre a partir de la antinomia *Civilización vs. Barbarie*, e instituidas luego de la batalla de Caseros tras el exterminio de los caudillos del interior y de toda forma de cultura popular autóctona, consolidando una nueva forma de dependencia del imperialismo anglosajón representado por la oligarquía terrateniente porteña con una cultura imitativa de la europea. ¿Pero qué clase de *revisionismo* era el que profesaba la revista?

La reflexión crítica sobre el pasado que elaboró *Crisis* no buscaba meramente poner en cuestión la veracidad de los relatos dominantes, sino exponer los contrastes con su propia perspectiva política, pertenencia ideológica e identidad cultural. Situada en las antípodas de los proyectos civilizatorios eurocéntricos, encarnó un relato historiográfico fundado en algunos de los arietes de la épica peronista, a través de los cuales propuso un tratamiento alternativo de sucesos controversiales que escrutaran el presente de dominación económica, política, cultural—e incluso psicológica, moral y estética—que aparecía inscripta subterráneamente en la voz de los explotados, de los que jamás pudieron expresar su versión de los hechos, ni su angustia, ni su pesar, ni el dolor de ser marginados y olvidados por la *historia oficial*.

Un artículo que ejemplifica esta línea historiográfica es: “¿Se enseña en la Argentina la historia real del país?” (*Crisis*: 1973, N°8) donde se afirma que la enseñanza de la historia plantea problemas que trascienden el campo historiográfico, pues el pasado sería también una exploración de las contradicciones de nuestra realidad

concreta. Esto explicaría, según el texto, hasta donde la conciencia histórica es objeto de presión en los países del Tercer Mundo. “Discusión y revisión no son un agregado ilícito, sino parte fundamental de la misma historia” (*Crisis*, 1973, N°8, p.3).

Lo curioso de este artículo es que está compuesto por quince autores que responden a un mismo interrogante: “¿se enseña en la Argentina la historia real del país?” Osvaldo Bayer, autor de *Severino de Giovanni el idealista de la violencia* (1969), *Los vengadores de la Patagonia Trágica* (1971-1972), entre otros textos, reconoce allí que la enseñanza de nuestra historia sigue una línea historiográfica liberal: “pero ya muchos se han liberado y, como partisanos, se han lanzado a la guerrilla revisionista dentro de los claustros”. Por su parte Fermín Chávez, autor de *Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina* (1956), *Vida del Chacho* (1962), *Vida de José Hernández* (1958), *Historia del país de los argentinos* (1968), entre otros textos; señaló que frente al relato histórico liberal existe un “reclamo legítimo de una historia asumida como instrumento cultural de descolonización”. Todos los convocados en el artículo refuerzan esta perspectiva, por ejemplo Arturo Jauretche: “los vencedores de Caseros no hicieron una historia de la política sino una política de la historia”; Leonardo Paso: “se debe hacer una revisión histórica, pero no a partir de los mismos presupuestos filosóficos y de clase con que se la ha sostenido hasta el presente”; Ana Lía Payró: “la única verdad histórica que aceptamos es aquella determinada por las luchas de las masas por la liberación nacional”; Rodolfo Puiggrós: “la historia argentina parte de una concepción racista positivista, dividió el pasado en civilización y barbarie. Civilización era lo que venía de Europa; barbarie era lo que pertenecía a nuestro país, lo autóctono”. Jorge Abelardo Ramos: “la enseñanza de la historia en la argentina satisface una necesidad específica de las clases dominantes”. José Luis Romero: “la historia se enseña como una disciplina destinada a crear, fortalecer o a negar una imagen del pasado que conviene a la orientación predominante en el presente”. Vicente Sierra: “la lucha por la interpretación de la historia universal acompañará en adelante a todas las luchas por la determinación del futuro”. Y por último José María Rosa: “Creo que hoy en día la historia debe ponerse de pie dando valor a lo auténticamente argentino, que necesariamente tiene que ser lo popular”; (*Crisis*, N°8, pp.3-17).

Detengámonos brevemente en Rodolfo Puiggrós, uno de los entrevistados por *Crisis* para este artículo. Se trata de un pensador de la historia política argentina que, junto a Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, entre otros, se identificaron con la llamada *Izquierda Nacional*, y formaron parte del colectivo revisionista que denunció la historia oficial

como la versión de los triunfadores de las batallas de Caseros, Pavón y el genocidio indígena. No obstante, no hay que exagerar la coherencia y la homogeneidad en el corpus teórico de estos autores, pues todos ellos fundamentaron sus interpretaciones con un compendio doctrinario de base marxista que mezcló argumentos de Trotsky sobre semi-colonia y bonapartismo, con argumentos de Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, donde se exponen las razones por las cuales los procesos revolucionarios más vigorosos a escala planetaria no se habían desencadenado en los países con capitalismo complejos y avanzados y si en las colonias explotadas por las Metrópolis. Según ésta hipótesis (abonada por la revista), los países más avanzados habían atenuado sus conflictos sociales merced al alto desarrollo y confort conseguido mediante la esclavización y neo-colonización de Asia, África y América Latina, un argumento homólogo al de *Los condenados de la Tierra* de Franz Fanon, que en esa misma línea interpretativa va incluso más allá, no sólo porque propone romper la espiral de dominación objetiva y subjetiva del imperialismo a través de la violencia, sino que brega porque las burguesías tercermundistas hagan causa común con sus campesinados, para conformar así un bloque libre de las tiranías extranjeras.

Ahora bien, en lo que sí eran coherentes y tenían en común Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña y compañía, era la visión coincidente sobre el peronismo como movimiento social transformador, y el rol comprometido y militante que debían asumir los intelectuales argentinos. Y por esa razón eran convocados por la revista. En el libro *Tiempo Pasado* (2005) Beatriz Sarlo reconoce la masiva difusión de los relatos históricos de Puiggrós y Abelardo Ramos, a quienes atribuye un fuerte poder de construcción imaginaria y política en la época. Sarlo se refiere a estos críticos de la denominada *Revolución Libertadora* como *las espadas del nacionalismo marxista* y sugiere que los lectores más asiduos y permeables a estos textos eran “esos jóvenes, hijos de la generación para la que el 17 de octubre fue un trauma y una fecha fundadora” (Sarlo: 2005, 144). Jóvenes que, a su entender, hablaron abiertamente del pasado de sus padres y juzgaron que habían sido participantes equivocados que no comprendían ni a Perón ni el carácter crucial de los sucesos que entonces acontecían.

Roberto Baschetti (2004) se refiere a este fenómeno como un conflicto generacional agudo, donde muchos jóvenes de padres acérrimos antiperonistas ven que se habla de democracia pero el peronismo sigue proscripto, que en 1962 con Frondizi y en 1965 con Illia ganan limpiamente los candidatos peronistas y las elecciones son anuladas de un sablazo. Según Baschetti dichos jóvenes “visualizan otra realidad en el

peronismo, ven que con el peronismo había trabajo, vivienda y educación para todos” (Baschetti: 2004, 11).

Otro ejemplo paradigmático del ejercicio revisionista de *Crisis* se advierte en la sección *documentos, cartas, discursos* del número 9 de la revista, donde se presenta a John William Cooke como un ícono nacional inmerso en las luchas populares con un pensamiento revolucionario solidario con los movimientos de liberación de América Latina. *Crisis* considera a Cooke como “una de las figuras más íntegras y representativas del peronismo” (*Crisis*: 1973, 3). La sección presenta 6 textos de reflexión teórico-política: “La conciencia nacional es también conciencia histórica”; “La rebeldía popular y los aparatos partidarios”, “Testamento”, “Carta a Salvador Allende”; “Esta época de infamia”; y “La desaparición del Che Guevara”. Completan la sección 2 cartas, una escrita en 1955 desde la cárcel de Las Heras a su esposa Alicia Eguren; y una circular del *Comando Superior Peronista* de febrero de 1958, firmada por Perón y Cooke, cuando aún se desempeñaba como representante personal de Perón en Argentina.

En “La conciencia nacional es también conciencia histórica” Cooke inicia su argumentación haciendo una evocación del pasado como estrategia para pensar la actualidad. Según Cooke, cuando los pueblos pugnan por liberarse ahondan en el escrutinio de su pasado, por ello: “se establece una relación dialéctica entre el ayer, el presente y el porvenir. En el pasado buscamos afirmación, antecedentes, claves. Pero sabiendo que los desafíos históricos son constantes y renovados, y que cada generación debe responder a los suyos” (*Crisis*: 1973, 4). El autor afirma también que todas las épocas revolucionarias son un punto de incidencia donde confluyen los mensajes de la tradición para abrirse a la hipótesis del cambio y la esperanza. En el texto describe una serie de confrontaciones históricas que demostrarían la permanente participación popular en luchas por la libertad y la obtención de derechos, a partir de la puesta en práctica de tácticas de *guerra de guerrillas*. Trazando un paralelismo entre pasado y presente, Cooke utiliza la guerra de la Independencia de 1810 para ejemplificar lo que él considera un “caso típico de *guerra subversiva*, de una *guerra revolucionaria* que hoy quita el sueño a las minorías gobernantes y promueve las planificaciones del Pentágono”. Destaca que entonces las masas iban en contra del orden constituido y sus procedimientos eran de guerrilla. “Ya la lucha del pueblo español fue de guerra de guerrillas. (...) Artigas era guerrillero; Güemes y sus gauchos salteños, que detuvieron el avance de los gordos, también, Boves, Páez y sus llaneros, Bolívar, Sucre, todos emplearon tácticas de guerrilla” (*Crisis*: 1973, 4).

Este artículo expresa una clara convicción: la historia estaba cambiando. El protagonismo y la iniciativa estaban ahora en manos del Tercer Mundo. Tal vez por ello es que todos los análisis propuestos en clave histórica dejan traslucir, por un lado, la denuncia descarnada de un poder aparentemente decadente pero con filosos puños de hierro. Y por otro lado, el optimismo y la expectativa de los proyectos revolucionarios que puján por un cambio de paradigma que enfrentaría a las naciones opresoras con las oprimidas.

Si bien *Crisis* no propone visiones ingenuas ni azarosas del pasado, tampoco podemos decir que sus intervenciones fueran compactas, pues expresó la heterogeneidad de voces que convivían en el amplio espectro de la izquierda latinoamericana. Esto lo advertimos, por caso, en textos que son tal vez contradictorios entre sí. Las cartas de Cooke, por ejemplo, abonan la idea de constituir una vanguardia armada pertrechada política y militarmente para llevar a cabo la toma del poder. Sin embargo, vemos también que hay otras intervenciones que impugnan el uso de la violencia como método válido y eficaz para la transformación de la realidad. Sólo por ejemplificar estas divergencias, en el número 25, Ernesto González Bermejo presenta una entrevista exclusiva con Hélder Pessoa Câmara desde París, donde el referente de la llamada Teología de la Liberación, muestra su oposición a la lucha armada. Pessoa Câmara señala allí que es el realismo el que le impide aceptar el camino de la violencia: “No creo en la opción violenta, porque reconozco que las condiciones para la liberación deben partir de las masas, y hasta dentro de quince años por lo menos éstas no estarán en condiciones para levantarse contra el estado de cosas en el Brasil” (*Crisis*: 1975, 28).

El intelectual comprometido políticamente y la tradición literaria

En cuanto al rol del intelectual, *Crisis* buscó instalar la polémica en torno a dos conceptualizaciones antagónicas: la del intelectual *crítico* u *orgánico*. Para Carlos Altamirano (2001), la primera de estas categorías se ajusta a una imagen del intelectual comprometido políticamente, independiente de estructuras partidarias, pero regido por convicciones humanistas que lo impulsan a denunciar las injusticias en cualquier lugar del mundo sin importar las fronteras o nacionalidades. Y el segundo, el *orgánico*, refiere a una representación subsumida en objetivos colectivos donde la pluma del intelectual quedaría subordinada a las estrategias de la organización revolucionaria de la que forma parte.

Crisis, alternativamente, habría reproducido ambas vertientes en paralelo, la primera de ellas representada por la del ideario de compromiso con lo político, con la

militancia ideológica—por utilizar las mismas palabras de Julio Cortázar en una entrevista publicada en el número 1 (*Crisis*, 1973, p.17) con motivo de presentar *El libro de Manuel*—; donde la identidad intelectual estaría abocada a llevar a cabo una crítica guiada por las filosofías del movimiento, de la modernidad, de las que entienden que la historia es un devenir de cambios, una materia en permanente movimiento, en transformación, y no algo estático y monolítico. Y la segunda, la orgánica y vanguardista, donde la palabra y la acción son parte de un mismo tándem. La revista da cuenta de esto, por ejemplo, a través de la semblanza que Aníbal Ford escribió sobre la vida y obra de Arturo Jauretche, donde: “el pensamiento de Jauretche se plasmó, no a partir de teorías que distorsionaban la comprensión de nuestra realidad, sino de una práctica real cumplida no sólo en los modestos aprendizajes de todos los días sino también en el libro, en la prensa, en la acción política y con las armas en la mano” (*Crisis*, 1974, N°1: 71).

Es sencillo advertir en *Crisis* la ausencia de la imagen aristocrática más tradicional del *ser intelectual*, una imagen en desuso frente a una influencia que remite ahora a una auto-representación en clave existencialista sartreana y que responde a interrogantes subjetivos dirigidos a definir el lugar de la acción individual en un proceso de transformación social incipiente, aparentemente lineal e inevitable. Recordemos que a principios de la década de 1970, para muchos pensadores del campo cultural de izquierda, el país y el continente estaban atravesando un estadio pre-revolucionario que requería del compromiso y la expresa promoción de las convicciones transformadoras, hecho que condujo con frecuencia a impulsar definiciones unívocas y lineales, donde revolucionario era aquél que efectivamente se jugaba el pellejo *haciendo* la revolución (Ponza 2010: 137).

En una entrevista realizada por Gabriel Montali (2015), Zito Lema sostiene: nuestra postura era de ganar un espacio para la literatura en el mismo foco de la revolución (...) No era cuestión de escribir un panfleto; la exigencia de las formas y del estilo literario eran un desafío a llenar sin contradicción con los actos de la vida. Lo que pasa es que los actos de la vida para nuestra generación, son actos en el mismo centro de la revolución. (Montali, 2015)

En resumen, el interrogante central era *ser o no ser escritor de una literatura revolucionaria*.

Para Altamirano (2011), la mutación operada en la conceptualización del rol intelectual de la época expresa una suerte de expiación o *mea culpa* que reconoce tortuosamente la larga e inocultable lejanía respecto de los intereses y preocupaciones de los más pobres. Esa suerte de *autoculpabilización* de la clase media letrada, como dice María Cristina Tortti (1999), los inclinó no sólo a permanecer próximos a las luchas

populares sino también a idealizar un peronismo de límites difusos capaz de adoptar las formas imaginadas por cada uno de sus intérpretes.

Dictadura: secuestros, torturas y desaparición. La clausura de Crisis

Crisis fue diezmada por la represión, incluso antes del 24 de marzo de 1976 la llamada *Triple A* atacó ferozmente a los miembros del *staff* y colaboradores de la revista. La primera víctima fue el periodista Carlos Villar Araujo, quien en abril y junio de 1975 publicó una detallada investigación que motivó su secuestro y posterior exilio. En dicho artículo Villar Araujo advertía al público de los jugosos intereses multinacionales implicados en la explotación petrolera de nuestro país. Poco después, el 16 de diciembre de ese mismo año, Luis Sabini Fernández, coordinador gráfico de la revista fue detenido por el Ejército en Villa Martelli y forzado al exilio. Finalmente, tras el golpe la situación se agravó y ya nadie estuvo a salvo. Comenzaron las amenazas en la redacción y los domicilios particulares. Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Francisco Urondo, Roberto Santoro, Raymundo Glayzer y Miguel Ángel Bustos, fueron secuestrados y aún permanecen desaparecidos. Eduardo Galeano, Juan Gelman, Vicente Zito Lema, Osvaldo Bayer, Miguel Bonasso, entre otros, se vieron forzados a vivir en la clandestinidad, el ostracismo y finalmente optar por el exilio para salvar sus vidas.

Amenazado de muerte por los llamados *Grupos de Tareas*, en mayo de 1976, Federico Vogelius decidió cerrar la revista. Sin embargo, no pudo evitar su secuestro, tortura y detención ilegal en 1977. Su fondo editorial fue saqueado y valiosas obras de arte de su propiedad robadas. Por fortuna, una activa campaña de denuncia internacional encabezada por Heinrich Böll, premio Nobel de la Paz, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, entre otras personalidades, logró presionar al gobierno de facto y visibilizar su detención para que fuera reconocido y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional hasta 1980, año en el que recobró la libertad. Vogelius se exilió en Londres donde comenzó con acciones legales tendientes a recobrar las obras de arte que le fueron sustraídas de su casa, pero ya nunca obtuvo resultados. Respecto a su penoso destino Eduardo Galeano escribió:

Fue un mediodía. Sonó el teléfono en mi casa, allá en el pueblo de Calella, al norte de Barcelona, y escuché la voz de un sobreviviente. *Fico* Vogelius me llamaba desde el aeropuerto de Londres (...) recién salido de la cárcel. Me dijo: -Venite. Tenemos mucho de qué hablar. Y me dijo: -desde ya quiero que sepas que no me arrepiento de nada. En Londres lo acompañé al dentista. La picana eléctrica le había aflojado los dientes de arriba. El dentista le dijo que no había manera de salvar esos dientes. (...) *Fico* habían sido secuestrado, saqueado,

torturado y enjaulado. Lo acusaban de haber financiado y organizado la revista *Crisis*. (*Crisis*, 1986: N°42, 3)

Vogelius volvió del exilio en 1985 decidido a relanzar *Crisis*, pero un cáncer fulminante sólo le permitió ver impreso el primer número de la segunda época. Según relató su hermano Jorge al *Periodista de tres Arroyos* (2003), mientras Fico Vogelius organizaba el regreso de la revista su médico diagnosticó que apenas le quedaban seis meses de vida. La noticia fue tremenda, quien adicionalmente se vio afectado por el especial empeño que tenía en que la segunda época de *Crisis* viera la luz, pues no lograr ese objetivo sería una suerte de triunfo para la dictadura que lo encarceló y torturó, además de perseguir, desaparecer y exiliar a muchos de sus amigos y colaboradores. Según Galeano: “unos meses antes de la resurrección de *Crisis*, los médicos dieron por muerto a Fico. El cáncer lo había devorado, era imposible que viviera más allá de octubre, a más tardar noviembre. Pero él se negó a morir hasta que *Crisis*, nuestra tan querida, reapareciera” (*Crisis*, 1986: N°42, 3).

La segunda época de *Crisis* se desarrolló entre en abril de 1986 y junio de 1987, es decir, reapareció 10 años después de su cierre. Su director periodístico fue Vicente Zito Lema y los asesores editoriales Osvaldo Soriano y Eduardo Galeano. En la dirección de arte estaba Oscar Smoje, como secretario de redacción Carlos María Domínguez. En la redacción Jorge Boccanera y Claudia Pasquini; en la coordinación gráfica Regine Bergmeijer, en fotografía Julio Menajovsky y en la corrección Amalia Benedetti. Como novedad advertimos que en el *staff* figuran una nutrida cantidad de corresponsales en el exterior, muchos de los cuales habían participado en el primer ciclo de *Crisis* y aún permanecían exiliados como, por ejemplo, Miguel Bonasso en México; Eric Nepomuceno en Brasil; Alberto Pipino en Nicaragua; Osvaldo Bayer en Alemania; Tomás Eloy Martínez en Washington; Rodolfo Terragno en Londres; Mario Benedetti en Montevideo; Nora Catelli en Barcelona; Mario Paoletti en Madrid; entre otros.

Transición a la democracia: el fin del paradigma revolucionario

El retorno a la democracia en diciembre de 1983 permitió reiniciar tímidamente las actividades políticas y culturales que durante la dictadura habían sido objeto de las más crueles persecuciones. Sin embargo, tras el Terrorismo de Estado la relación entre cultura y política se había transformado. La imbricación política que habían mostrado los núcleos intelectuales durante las últimas décadas ya no era la misma, pues el terror infundido por la dictadura caló profundamente en las prácticas y consumos político-culturales de la sociedad toda. La derrota de los proyectos transformadores, la

desaparición de 30.000 personas y el exilio de más de medio millón afectaron la composición del público al que estaba dirigida la revista. La red de significaciones, valores, creencias, gustos, intereses y preferencias, así como el horizonte de futuro imaginado por el público habían cambiado. El proceso post-dictatorial encontró a los movimientos de izquierda diezmados, desarticulados, con un ideario conceptual en desuso, lleno de reminiscencias traumáticas, dolorosas.

La transformación del vínculo entre cultura y política que se produjo en la década de 1980 quedó claramente reflejada en los contenidos de la segunda época de la revista, por ejemplo, cuando *Crisis* publicó la síntesis de una serie de entrevistas bajo el título: “La juventud y la política, entre el recelo y la confianza”; donde se consultó a jóvenes entre 19 y 22 años acerca de su relación con la política y su valoración de los partidos. Los resultados revelaron el desinterés, la apatía y hasta el desprecio por los partidos de izquierda y la militancia política que reinaba entre los jóvenes. Basta recortar algunas frases del artículo para graficarlo:

a mí los únicos partidos que me parecen bien son los liberales (...) el proyecto de los partidos de izquierda es irrealizable, es un conjunto de utopías que no tienen en cuenta características esenciales del ser humano (...) todos tenemos algo de capitalistas (...) cuando veo los partidos acá no lo puedo creer, siguen hablando como si no hubiera pasado nada (...) eran viejos, estaban en la estratosfera, seguían hablando de cosas que ya habían pasado de moda en todo el mundo (...) la gente tiene miedo, huye de la política (...) no me gusta ninguno, soy un apolítico asumido. (*Crisis*, 1986: N°42, 19)

Diversos estudios (Nun y Portantiero, 1985; Lechner, 1986; O'Donnell, 1988; Lesgart, 2003; Burgos, 2004; Ansaldi, 2006; Ponza, 2010; Reano, 2010; Gago, 2012) coinciden en que la *Democracia* se convirtió en protagonista del debate académico, político e ideológico de los intelectuales durante los procesos transicionales de la década de 1980, desplazando así la centralidad que la *Revolución* había tenido desde fines de 1950. Desde nuestro punto de vista, la promesa democrática suplantó el lugar vacante que dejó la promesa revolucionaria. Y ese desplazamiento, esa retirada, habría estado motivada por diferentes razones: por la derrota política y militar, por el descrédito, la falta de respuestas y la crisis en que estaba sumido el marxismo en tanto doctrina rectora del pensamiento de izquierda. Por la marca de terror inscrita en las subjetividades. Por el deseo que muchos tenían de dar vuelta de página a una historia trágica. Por el afán de eficacia a la hora de insertarse institucional y laboralmente en puestos que exigían esa transformación ideológica. Porque el contexto continental e internacional de esos años, en tanto corrientes de ideas y pensamiento político, eran favorables a los proyectos democráticos como salida a las dictaduras. Porque las instituciones

académicas introdujeron gran cantidad de dineros destinados al estudio y desarrollo del pensamiento democrático.

Hubo también en un sector de la izquierda intelectual una honesta revisión, una profunda autocrítica donde el establecimiento de la democracia surgió como la única salida posible a la dictadura, e incluso como la única opción que tenían los exiliados para regresar al país. Un ejemplo de la profunda transformación ideológica que sufrió la sociedad toda y dicho espectro de la izquierda intelectual en particular, fue el llamado Club de Cultura Socialista, fundado en Buenos Aires en julio de 1984 como resultado de la fusión de dos notorios núcleos intelectuales de izquierda. El primero de ellos reunido a partir de 1978 alrededor de la revista *Punto de Vista*, con Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Hugo Vezzetti, Rafael Filippelli y Adrián Gorelik como sus miembros más visibles. Y el segundo grupo, recientemente regresado al país tras exiliarse en México, que tenía entre sus miembros a prominentes intelectuales marxistas como José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula y Emilio De Ípola, quienes primero en la revista *Controversia* (México, 1979-1981) y luego en *La Ciudad Futura* (1986-1998) experimentaron un descarnado proceso de autocrítica respecto de la experiencia política, ideológica y metodológica de la izquierda revolucionaria que había actuado en Argentina durante 1960 y 1970.

En este sentido, el ciclo político inaugurado por Alfonsín en 1983 significó un verdadero cambio de paradigma, pues por primera vez en nuestra historia moderna un gobierno lograba articular con éxito un discurso democrático sin fines instrumentales, con un poderoso impacto en los temas de agenda pública durante todo el proceso transicional. De hecho, Alfonsín integró a varios intelectuales de izquierda al llamado Grupo Esmeralda, un comité que lo asesoró durante su campaña presidencial y durante su gestión. El Grupo Esmeralda fue organizado por Meyer Goodbar y Eduardo Issaharoff; coordinado por Margarita Graziano y compuesto por Portantiero, De Ípola, Carlos Nino, Daniel Lutsky, Gabriel Kessler, Claudia Hilb, Pablo Giussani, Sergio Bufano, Hugo Rapoport, Marcelo Cosin, Damián Tabarovsky, Eva y Marcela Goodbar. Según Josefina Elizalde (2009) el grupo elaboró un nuevo concepto de democracia y cultura política, donde los miembros más destacados fueron Portantiero y De Ipola, a quienes Alfonsín recibía periódicamente en la residencia de Olivos.

Según Gerardo Aboy Carlés (2004), una de las cualidades del discurso democrático alfonsinista fue su efecto frontera. Su narrativa fue construida a partir de una doble ruptura: por una parte señaló una ruptura con el pasado reciente encarnado por la última dictadura militar y las expresiones radicalizadas de izquierda, cuya imagen

fue directamente asociada al autoritarismo, la muerte y el horror. Y por otra, confrontó ese pasado con la promesa de un futuro de pleno Estado de Derecho. En definitiva, con gran sentido de la oportunidad, el gobierno puso en circulación una síntesis histórica que logró imponerse como marco interpretativo de las traumáticas experiencias colectivas vividas durante la década de 1970. Dicha síntesis de los acontecimientos no era ni pretendía ser históricamente exacta, sino que tenía como finalidad desmovilizar las pasiones políticas de la sociedad, disminuir la conflictividad, la protesta y la confrontación, así como proyectar una memoria oficial que realzara el ideal democrático.

Gabriel Vommaro (2008) añade otro importante elemento para comprender la pérdida de actualidad que sufrió el acervo conceptual de izquierda frente al profundo cambio de paradigma que significó la propuesta democrática. Para Vommaro Alfonsín estuvo muy atento y preocupado por modernizar conceptualmente las formas de percibir la relación que establecían los ciudadanos con la política. Tanto fue así que categorías conceptuales habituales en la artillería discursiva peronista de izquierda como *clase*, *trabajador* o *pueblo* cayeron en desuso dando lugar a nuevas formas para identificar al hombre común, quien pasó a ser definido como *independiente*, el *indeciso* o sencillamente la *gente*. Es decir, los sujetos de representación comenzaron a ser considerados personas imprevisibles, parte de una audiencia susceptible al cambio, a la persuasión, no sometidas a ideologías o identidades político-partidarias estables.

El discurso democrático impactó plenamente en la reconfiguración de la izquierda tras la dictadura y produjo una ruptura que se asentó sobre dos grandes temas. Por un lado, el cuestionamiento a la lucha armada y la visión belicista de la política que habían aplicado tanto las organizaciones políticas como las político-militares de izquierda. Y, por otro, la revalorización de la democracia como sistema válido para la resolución de conflictos. Es posible pensar incluso que el viraje hacia concepciones democráticas por parte de muchos intelectuales con un innegable pasado de izquierda radicalizada, fuera una opción de re-significación de un proyecto político y cultural que pareció incluso convertirse en una manera alternativa de pensar la transformación socialista, pero esta vez destacando la centralidad táctica y estratégica del concepto y la práctica de la democracia.

El debate que generó dicha reconversión podemos observarla con nitidez en los contenidos de la segunda época de *Crisis*, que dejó de preocuparse por la revisión histórica de larga duración para concentrar su atención en temas de eminente coyuntura local. Por ejemplo, en el número 42, dedicó buena parte del ejemplar a la revisión bajo

el título “20 políticos argentinos se autocritican”. Allí dirigentes como Juan Carlos Pugliese (UCR), Fernando De La Rúa (UCR), Guillermo Tello Rosas (UCR), Antonio Cafiero (PJ), Alberto Rodríguez Saa (PJ), José Villafior (PB), Oscar Alende (PI), Carlos Auyero (PDC), María Julia Alsogaray (UCD), Athos Fava (PC), Fernando Nadra (PC), Rogelio Frigerio (MID), Estévez Boero (PSP), Simón Lazara (PSA), Luis Zamóra (MS), Jorge Altamira (PO), y Alberto Natale (PDP), repasan las razones del desencuentro, las incomprensiones y los sectarismos que condujeron a la tragedia dictatorial.

En esta misma línea Dante Gullo, en el artículo “Violentos y elitistas”, señala la necesidad de reconocer los errores de diagnóstico y de comprensión de la izquierda, errores donde a su juicio el accionar violento coadyuvó a sobredimensionar el protagonismo de sectores elitistas que se desfasaron de la realidad y confundieron metodología con objetivos: “la crítica se puede extender más allá de la violencia. El elitismo no se manifiesta sólo en el modo de organizar la lucha armada, sino también en términos políticos, cuando el concepto de vanguardia está distanciado de la voluntad y el nivel de conciencia de las masas” (*Crisis*, 1986: N°42, 18). El tema de la violencia como método de acción política ocupó prácticamente la totalidad del número, a excepción de un cuento de Carlos Fuentes, un poema de Ernesto Cardenal, una entrevista a Simón de Beauvoir y los comentarios de dos novelas de amor que cierran la revista. De este número cabe resaltar tres artículos que abordan las conflictivas relaciones entre los intelectuales, el poder y la violencia en diferentes etapas de la historia argentina; estos son “El mito de los dos demonios”, de Osvaldo Bayer; “Alardes y justificaciones”, de David Viñas; y “Arden los pastizales”, de Nicolás Casullo; que repasan detalladamente las cicatrices de una generación, sus tortuosas trayectorias, y en especial los hitos que marcaron la ruptura y la continuidad en las ideas de diversos intelectuales de izquierda.

Ahora bien, hubo un sector mayoritario dentro del campo de la izquierda que siguió reivindicando la idea de *Revolución*, e incluso los métodos armados, que acusó de traidores, tráfugas y conversos a quienes re-significaban positivamente la democracia. Sin embargo, quedaba claro que los proyectos revolucionarios que tanto vigor habían tenido en las décadas de 1960 y 1970 estaban en franca decadencia. José Pablo Feinmann (1999) atribuye este hecho a que fueron las perspectivas filosóficas de los temas más vehementes de la modernidad las que perdieron empuje y actualidad: el marxismo, la literatura comprometida, la idea de totalidad, el mandato de transformación del mundo a partir de la praxis del sujeto libremente comprometido.

Desde la perspectiva política de la izquierda radicalizada, el carácter de las transiciones a la democracia que declaraban abominables tanto las dictaduras como las revoluciones, significaban el triunfo de la restauración liberal conservadora y del capitalismo transnacional. Para la estirpe política de izquierda específicamente peronista y revolucionaria a la que virtualmente estaba afiliada *Crisis*, la derrota era evidente poniendo fin al rasgo más elemental de su voluntad rupturista. Este fue el catalizador de la decadencia del proyecto editorial que encarnó *Crisis*.

La ola democratizadora en clave burguesa, republicana y liberal que encarnó Alfonsín, no sólo desactivó todo horizonte de transformación sino que introdujo en el debate público una serie de clichés que lograron proyectar una visión idealizada hasta el extremo de las supuestas capacidades de la democracia como dique de contención de los conflictos que habrían conducido al caos y la violencia durante la década de 1970. La democracia, en tanto categoría conceptual amplia y polisémica, se consolidó así bajo una visión institucionalista, como un orden de mínimos que permitiría no sólo el retorno a la vida pública de los perseguidos políticos, sino que garantizaría el respeto por los Derechos Humanos.

Con una inocultable resistencia a estas ideas *Crisis* reflejó un costado crítico del debate político y cultural post-dictatorial. Por ejemplo, en el número 45 de agosto de 1986, “Vigencia y fragilidad del sistema democrático”, de Roberto Propano y Víctor Lavagno, realiza un repaso pormenorizado de la paupérrima performance alcanzada por el sistema democrático en la Argentina desde Yrigoyen (1916) a Alfonsín (1983) que, a juicio de los autores, fue cíclicamente subsumida por las presiones de factores de poder tales como las corporaciones económicas, las Fuerzas Armadas e instituciones como la Iglesia. Estos tres actores fueron, sin duda, los más cuestionados durante la segunda etapa de *Crisis*. Por caso en el número 43 se presenta un informe especial: “La Iglesia en América latina: Religión, política y sociedad” (3); en el 45 “Divorcio y autoritarismo en la sociedad argentina” (18), donde Rodolfo Mattarollo describe con crudeza el rostro del poder retardatario que anidaba en la jerarquía eclesiástica que enfrentó el proyecto de reglamentación del divorcio en el Código Civil; una acción que para Mattarollo era una expresión más del control social al que estaban sometidos los ciudadanos. En el número 52, de marzo de 1987 “La otra cara del Papa” pone en cuestión la estrategia global de la Iglesia en América Latina, entre otras.

El fin de Crisis

Fue el fracaso en las causas por delitos de Lesa Humanidad el hecho que precipitó las diferencias larvadas entre el colectivo editor de la revista y la familia Vogelius, heredera de la revista. La llamada Ley de *Punto Final*, aprobada el 23 de diciembre de 1986, extinguió toda acción penal contra civiles y militares no imputados hasta el 23/02/1987. Poco más tarde, y como resultado de tres alzamientos militares conocidos como *Carapintadas*, al *Punto Final* se agregó una nueva ley conocida como la de *Obediencia Debida*, cuyo objetivo fue presumir que los subordinados que secuestraron, torturaron y desaparecieron personas habían actuado siguiendo órdenes de sus superiores. Es decir, la *Obediencia Debida* no sólo liberaba de responsabilidades y dejaba impune a cientos de militares, sino que además ponía al descubierto la fragilidad del gobierno ante las presiones de las Fuerzas Armadas.

Mayoritariamente entre los miembros de *Crisis* la cuestión militar era el tema principal a resolver, pues consideraban que la democracia no podía ser construida sobre la impunidad. La jerarquía que otorgaban al tema era esperable si tenemos en cuenta la experiencia que muchos de ellos habían sufrido durante el Terrorismo de Estado. Además, la cuestión militar no se agotaba en los levantamientos *Carapintadas* ni en las violaciones de Derechos Humanos, sino que se extendía a otras dificultades propiciadas por la tradicional insubordinación militar al poder civil. Prueba de ello fueron, por ejemplo, los obstáculos con los que tropezó la aprobación de la nueva Ley de Defensa y la discusión parlamentaria sobre el control civil de las Fuerzas Armadas en 1986. En especial en temas vinculados a los mecanismos internos de profesionalización, de promoción, de formación ideológica y técnica de los cuadros militares.

En una carta titulada “Adiós Crisis”, Vicente Zito Lema relata el último acto de ese brillante proyecto editorial que fue *Crisis*. En su carta, Zito Lema señala que fueron las discrepancias frente a las duras críticas al Papa y las leyes de la impunidad, el llamado *Punto Final* y la posterior *Obediencia Debida*, las que obligaron a sacarse las máscaras:

Saben de las discrepancias con nuestra línea editorial de algunos integrantes del equipo original. Saben que los editores, contrariados por nuestras posturas—éticas más que políticas—clausuran la revista y despiden a cada uno de los periodistas que la hacíamos. (...) esto coincide con la aparición de un estanciero millonario con veleidades culturales (...) que aún en conocimiento de nuestras tratativas y de nuestros derechos sin papeles, ofreció una altísima suma de dólares y se quedó con la revista. Simultáneamente nos invitó a continuar en la dirección, pero a cambio estaba la sugerencia de flexibilizar la línea editorial. Nuestra respuesta fue la única que correspondía. (...) Soportando el asco de ver a los asesinos y torturadores pasearse por las calles. Reconociéndonos en nuestros errores; sin renunciar a ser parte de una izquierda como nunca

fragmentada, ahogada por sus peleas internas, que no atina pese a los esfuerzos a formular un discurso verosímil, adecuado a la compleja realidad argentina. (...) Viendo como buena parte de nuestra intelectualidad se resiste a ocupar su verdadero papel en esta democracia que se marchita, en esta democracia que no logra superar la grave contradicción de tener ciudadanos de primera y de segunda. (...) sin otro respaldo económico que el que puedan darnos nuestros lectores, y sin más capital propio que la confianza que es posible transformar este país que nos duele y amamos, nos decidimos a sacar a la luz *Fin de Siglo*. (...) Seguiremos creyendo que nuestra estructura social está irremediablemente podrida y que hay que construir una más justa y solidaria (...) seguiremos creyendo que la sociedad es un territorio para la lucha de clases (...) seguiremos creyendo que la cultura es un arma decisiva para que nuestra obstinación se cruce algún día con la historia. (*Fin de Siglo*, 1987: N°1-Año1, 2)

Breve comentario final

Crisis fue resultado de la tarea de un grupo de intelectuales que buscaba dar respuestas editoriales a una ávida cantidad de lectores identificados con una perspectiva ideológica, política y cultural transformadora, anti-imperialista y rebelde en clave nacional-popular que, no sólo había logrado colocar a Cámpora en la presidencia, sino ilusionarse con la idea de un cambio de estructuras en la organización política, económica y cultural del país. Ese colectivo se mostró crítico y sensibilizado con las constricciones de un contexto de época altamente represivo, conflictivo y paradójico. En primer término restrictivo y conflictivo, como señala Daniel James (2003), porque se trató de un período (1955-1973) caracterizado por un largo ciclo de protestas sociales dirigidas a combatir la creciente suspensión de toda actividad política institucionalizada, cuya base central había sido la marginación del peronismo. Y paradójico por las fuertes disonancias que generó la intervención despótica de las Fuerzas Armadas no sólo sobre el sistema político, sino especialmente por su intento de imponer valores autoritarios sobre los comportamientos de una sociedad que atravesaba un incontenible proceso de modernización en sus prácticas culturales y hábitos de consumo.

Según inferimos del análisis, *Crisis* en sus dos etapas recuperó la figura del intelectual como sujeto clave en el proceso revolucionario a los fines de coadyuvar a una causa anclada eminentemente en el campo literario-cultural, pero que desbordó al de la política. Podemos advertir esta operación, fundamentalmente, a partir de dos iniciativas. En primer término, su permanente, informal y no sistemática revisión historiográfica. Y en segundo lugar, en las intervenciones públicas que expresaron una *ética del compromiso* solidario con un proyecto político, y la obligación *moral* de criticar e impugnar un orden de dominación capitalista al que consideraban injusto. En este sentido, la estrategia puesta en acción por la revista no fue compacta, ni homogénea,

pues revela una trama colectiva interior y de colaboradores diversos, plurales e incluso eclécticos, que expresaron de diferentes modos no sólo la práctica política, sino también la naturaleza de sus estilos estético-literarios.

Una de las estrategias de intervención pública más repetidas y punzantes fue la revisión historiográfica, un ejercicio que le permitió poner en juego tres espectros temporales, un pasado interrogado críticamente desde un presente que buscaba vislumbrar o legitimar un horizonte de futuro a escala local que simpatizaba con las propuestas peronistas de izquierda, cuya meta final era liberarse de las diferentes formas de dominación existentes. En este punto, la estrategia de *Crisis* y su colectivo editorial consignó un sustrato que aceptó implícitamente que las condiciones para la ansiada revolución no estaban maduras, sin embargo, confiaron en que la voluntad revolucionaria y el compromiso subjetivo de la vanguardia podían desencadenarlas.

Por último, en sus intervenciones públicas no impulsó una categorización taxativa y unívoca del rol de los intelectuales sino, más bien, el reflejó en dos grandes conceptualizaciones—la del *crítico* y el *orgánico*—en la heterogeneidad de voces que habitaron el colectivo editor. Es decir, los hacedores de *Crisis* expresaron el paradójico, peligroso y generoso intento de ligar el mundo de la cultura con el de la política y el del pensamiento con el de la acción, en un momento donde revelar públicamente esta clase de ideas y convicciones significaba poner en riesgo la propia vida.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos Fronteras de La democracia Argentina*. Buenos Aires: Homo Sapiens, 2001.
- _____. "Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista". En Marcos Novaro (Comps.). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Literatura y Sociedad*. Buenos Aires: Hachete, 1983.
- Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierdas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- _____. *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Aries, 2001.
- Badiou, Alain. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005.
- Baschetti, Roberto. *Documentos 1970-1973*. Vol.1. Buenos Aires: Campana de Palo, 2004.
- Baschetti, Roberto. "Una interrelación entre Periodismo e Historia Política Argentina". Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Conferencia, 2000.

- De Diego, José Luis. "El proyecto ideológico de Crisis". En *Prismas*, revista de historia intelectual, número 5 (2000): 127-141.
- Elizalde, Josefina. "El Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín". 2009. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/participacion-politica-intelectuales-durante-transicion.pdf> consultada 26-12-12.
- El Periodista de tres Arroyos*. "Las huellas de Federico Vogelius en Claromecó". 18/01/2003. Tres Arroyos, Buenos Aires.
- Feinmann, José Pablo. *La sangre derramada*. Buenos Aires: Ariel, 1999.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Giunta, Andrea. *Vanguardia, Internacionalismo y Política*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Invernizzi, Hernán y Gociol, Judith. *Un golpe a los libros*. Buenos Aires: Eudeba, 2003.
- James, Daniel. "Sindicatos, burócratas y movilización". En James, Daniel, *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- Kovacik, Fabián. *Galeano. Apuntes para una biografía*. Buenos Aires: Ediciones B, 2015.
- Sánchez, Matilde. 2005. "Un linaje de Brillantes novelistas". 28/08/2005. Buenos Aires: *Clarín*, 106.
- Sánchez Moreno, Diego Alberto. Reseña de "Las venas abiertas de América Latina" de Eduardo Galeano. *En-claves del Pensamiento*, vol. I, núm. 1, junio, 203-206. Ciudad de México: ITESM, 2015.
- Ponza, Pablo. *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba: Babel, 2010.
- Russo, Miguel. "La revista Crisis y la busca del tiempo perdido". 14/04/2015. <http://www.nodalcultura.am/2015/04/los-trabajos-de-galeano-la-inolvidable-revista-crisis/> consultada el 01/01/2017.
- _____. "La revista Crisis y la búsqueda del tiempo perdido", disponible en internet en <http://www.contrainfo.com/9894/la-revista-crisis-y-la-busca-del-tiempoperdido/> consultada el 01/12/2016.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo Pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Sonderénguer, María. *Revista Crisis (1973-1976). Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Tortti, María Cristina. "Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". 205-230. En Pucciarelli, Alfredo. *La primacía de la política*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Tarcus, Horacio. *Introducción al catálogo de revistas culturales argentinas*. Buenos Aires: Cedinci, 2007.

Vommaro, Gabriel. *Mejor que decir es mostrar: medios y política en la democracia argentina.*

Buenos Aires: Universidad Nacional General Sarmiento, 2008.

Zito Lema, Vicente. Entrevista realizada por Gabriel Montali: *Adiós Mundo Cruel*, Radio

Nacional Córdoba, 24/02/2013.

CRISIS, desde año 1, Número 1, mayo 1973, hasta año 3, Número 40, agosto 1976.

Fin de Siglo. Año 1, Número 1. Buenos Aires.